

# Algunos aspectos del Clásico en el centro-norte de Michoacán

Brigitte Faugère-Kalfon

La región ubicada en la porción centro-occidental de México (véase Figura 1), que corresponde hoy en día al estado de Michoacán es conocida arqueológicamente sobre todo por las poblaciones que ocuparon este sector en el Posclásico Reciente, o sea entre los siglos XIII y XVI de nuestra era. De hecho, en esta época se desarrolló allí el señorío tarasco que se extendía desde la depresión del Bajío, al norte, hasta el Océano Pacífico, al sur. Se conocen importantes vestigios materiales tarascos, en particular varios sitios con carácter urbano con diversas estructuras arquitectónicas amplias y complejas. Tzintzuntzan, capital del señorío en el momento de su auge, es el más famoso (E. Noguera, 1931; H.P. Polard, 1972 y 1977). Los tarascos son también conocidos por su cerámica policroma y por su dominio de la metalurgia. El estudio de la antigua civilización tarasca se apoya, además, en unos documentos etnohistóricos que, aunque poscortesianos, enriquecen nuestra visión de esta sociedad en varios de sus aspectos; texto de primer plano, la *Relación (...) de Michoacán* constituye un testimonio relativamente directo sobre la cultura tarasca, por lo menos según la representación que la élite transmitió al misionero compilador de la obra. Finalmente, las poblaciones de varios pueblos de la sierra conservan todavía en la actualidad tradiciones, algunas de las cuales se remontan tal vez al periodo prehispánico; siguen también usando el idioma purhepecha.

La variedad de las fuentes disponibles para el estudio de la civilización tarasca (arqueología, etnohistoria, antropología social) así como el carácter espectacular de ciertos de sus vestigios ha hecho que durante mucho tiempo las investigaciones realizadas en Michoacán fueron enfocadas temporalmente hacia el apogeo del señorío tarasco y, espacialmente, hacia la cuenca de Pátzcuaro, centro geográfico de su poder. Los conocimientos referentes a las épocas anteriores al siglo XIII eran, por consecuencia, muy

limitados hasta recientemente. Otro elemento también daba cuenta de la escasez de los datos recogidos acerca de las sociedades pretarasca. Hasta hace poco, las investigaciones estaban centradas en el estudio de tal o cual sitio particular y muy pocas habían tenido una perspectiva regional. A causa de estos

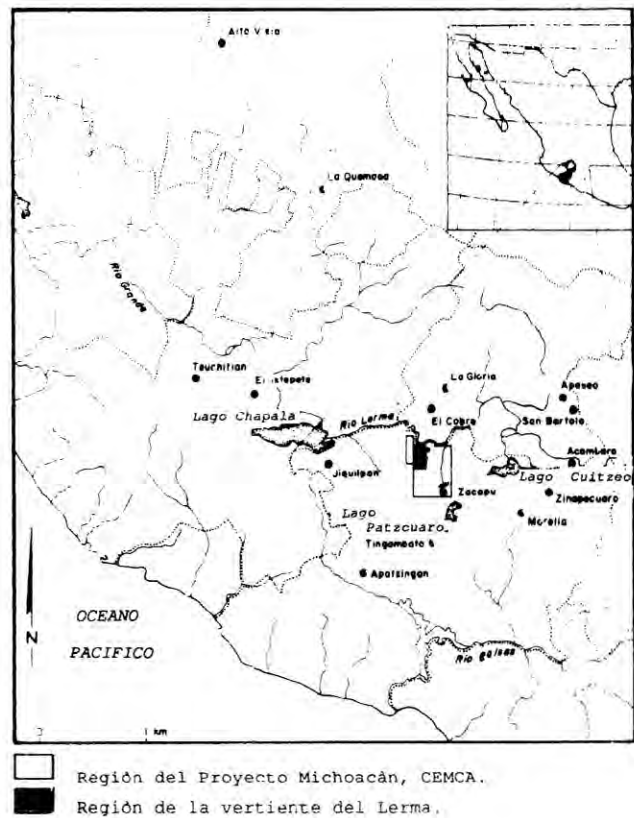


Figura 1.

diferentes factores, no sólo faltaban informaciones detalladas sobre la historia de Michoacán antes del Posclásico Reciente, sino que tampoco se disponía de una secuencia cerámico-cultural larga y continua.

Sin embargo, no se podía dudar de que había existido una ocupación pretarasca en Michoacán, y, en particular, en el Clásico. En efecto, las modalidades de desarrollo de la cultura tarasca tal como lo narra la *Relación (...) de Michoacán*, hacen ver que el territorio estaba ocupado antes del siglo XIII. Por otra parte, la existencia de una ocupación clásica había sido confirmada puntualmente por los trabajos arqueológicos de Piña Chan en Tingambato (1982) —donde fueron descubiertos edificios con tablero-talud, pero que podrían pertenecer, en su mayoría, al Clásico Final (Talladoire, 1989)— o por las investigaciones más viejas efectuadas por A. Caso en los alrededores de Zacapu (Caso, 1930). En el estado vecino de Guanajuato, algunos estudios recientes demostraron que los sitios fechados de la época clásica son bastante numerosos (Castañeda *et al.*, 1988).

Los trabajos arqueológicos realizados por el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA) en la parte centro-norte de Michoacán entre 1983 y 1987 (véase Figura 1) han logrado confirmar la existencia de una ocupación clásica; se ha podido estudiar

la organización de los asentamientos y esbozar un análisis de la sociedad de aquella época.

La región estudiada en el marco del Proyecto Michoacán abarca, por lo menos en parte, los municipios de Zacapu, Villa Jiménez, Panindícuaro, Angamacútilo, Penjamillo, Purépero y Tlazazalca. Aunque una ocupación clásica ha sido identificada en la parte sur de la región, cerca del antiguo lago de Zacapu (Michelet *et al.*, 1989 y Michelet, 1990), una concentración fuerte de sitios de esta época se encuentra en el norte, en una zona aparentemente poco poblada antes de 600 d.C. Esta zona, llamada "sector de la vertiente del Lerma", ha sido estudiada de manera más intensa en una superficie de aproximadamente 310 km<sup>2</sup>. Los sitios registrados en este territorio, en particular el estudio de los patrones de asentamiento, nos informan sobre la vida en el Clásico Reciente/Final y el Epiclásico.

### Los sitios clásicos de la vertiente del Lerma

Si bien han sido detectadas allí algunas huellas de una presencia humana fechadas del tercer milenio a.C., es solamente a partir de 600 d.C., o sea al principio de la

	CUENCA DE MÉXICO y VALLE DE TULA (Millon y Cobean)		CENTRO-NORTE de MICHOACÁN (Michelet)	LERMA (Snarkis)	ZACATECAS (Kelley)
1500				ACAMBARO	
1400	AZTECA III	PALACIO	MILPILLAS	LERMA	Post-Chalchihuites
1300	AZTECA I/II	FUEGO			
1200					
1100	MAZAPAN	TOLLAN	PALACIO		
1000		C. Terminal			
900	COYOTLA-TELCO	CORRAL	LA JOYA		
800	Poto-Coyotlatelco	PRADO	Reciente LUPE		
700	METEPEC		Temprano		
600			JARACUARO		
500	XOLALPAN				
400			LOMA ALTA		
300	TLAMIMILOLOPA			MIXTLAN	CANUTILLO

Figura 2. Cuadro Cronológico. Tomado de Faugère-Kalfon, 1991. Proyecto Michoacán, CEMCA

fase Lupe (600-850 d.C. en fechas calibradas), que aparecen varios sitios con edificios arquitectónicos (véanse el cuadro cronológico y Figura 2). En el Preclásico y la primera parte del Clásico estos sitios parecen ausentes del sector, el cual se caracteriza por un medio ambiente bastante árido; en aquellas épocas, se han localizado, sin embargo, en las zonas más húmedas y, en particular, en las cuencas lacustres, tanto las "lomas" de la ciénaga de Zacapu al sur (Amauld *et al.*, 1988), como los bajíos de Guanajuato al norte (Castañeda *et al.*, 1988) revelaron, de hecho, algunos vestigios más o menos ligados con la tradición preclásica de Chupícuaro, o más tarde con la cultura de Teotihuacan.

La evolución en la repartición de los asentamientos entre 600 y 900 de nuestra era muestra que nuestra subregión conoció una fuerte progresión demográfica. Del principio de la fase Lupe sólo conocemos algunos restos en un abrigo rocoso; pero alrededor de 850 d.C., se puede contar un mínimo de 23 sitios arquitectónicos, algunos de los cuales con funciones cívico religiosas evidentes. Estos asentamientos están localizados generalmente sobre las laderas y, más raramente, en la cumbre de los cerros, siempre a proximidad de algunas depresiones fácilmente cultivables. Durante la fase intermedia siguiente, La Joya (850-900 d.C., en fechas calibradas), se notan unos cambios dentro de la organización de los sitios, que probablemente reflejan el inicio de una evolución de la sociedad (véase más adelante).

Los sitios pertenecientes a estas dos fases presentan dimensiones y caracteres morfológicos suficientemente contrastados como para distinguir diferentes categorías que conforman una jerarquía. En la base de esta jerarquía se encuentra la categoría de las aldeas. Estos sitios comprenden entre dos y 12 estructuras repartidas en pequeños grupos que no sobrepasan los 2 500 m<sup>2</sup> pero que son, frecuentemente, unidos por unas redes extensas de terrazas agrícolas, las cuales pueden alcanzar hasta 10 ha. Dentro de las aldeas, las estructuras están siempre dispuestas alrededor de plazas abiertas o cerradas, y no existen edificios más importantes a los cuales se pudiera atribuir una función pública. Se trata, en realidad, de ranchos agrícolas sencillos. En la zona de la vertiente del Lerma tenemos una muestra de 15 aldeas fechadas del Clásico Medio/Final: MICH. 106, 107, 109, 112, 135, 138, 141, 145, 146, 368, 388, 398, 401, 402 y 403 (véase Figura 3).

La categoría morfológica siguiente podría llamarse "pueblos"; aunque constituyen todavía pequeñas comunidades agrícolas comportan ya un centro mejor definido con una, dos o tres estructuras cívico-religiosas y, a veces, una cancha de juego de pelota. La superficie del grupo central varía de 2 500 m<sup>2</sup> a tres hectáreas y la del sitio en su conjunto puede llegar a una veintena de hectáreas. En la mayoría de los

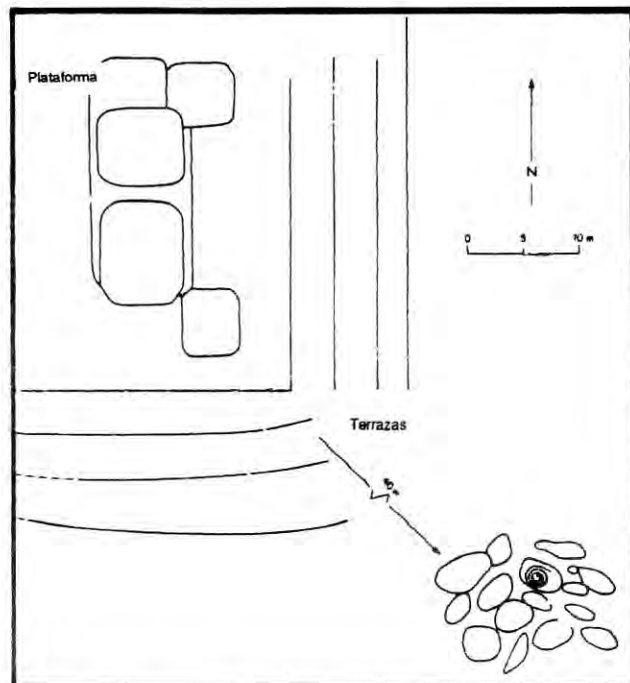


Figura 3. Sitio Mich. 138. Loma de los Tepetates.

casos, estos sitios comprenden diversos grupos residenciales ligados por unas redes de terrazas (véase Figura 4). El número de las estructuras varía bastante de un sitio a otro y depende mucho, hoy día, del estado de destrucción/conservación del sitio: es del orden de 20 en general, pero llega a un máximo de 48. Las residencias están dispuestas alrededor de plazas cuadradas o rectangulares; a veces alineadas o bien sin orden preconcebido. En varios casos hemos notado que la nivelación de las pendientes había sido obtenida por la construcción de grandes terrazas que comportan a veces varias gradas. Las estructuras de carácter público son las bases piramidales de plano cuadrado o rectangular, los cuadriláteros de más de 20 m de largo, muchas veces asociados a las primeras, unas plataformas de grandes dimensiones en forma de L o de U y las canchas de juego de pelota, entonces orientadas norte-sur. Se pueden encontrar también, sobre las plazas, los restos de pequeños adoratorios, cuadrangulares o circulares. Los sitios que pertenecen a esta categoría morfológica son: MICH. 104, 108, 111, 113, 115, 136, 137, 139, 142, 147, 148, 363 y 385.

Finalmente, cuatro "centros" conforman una tercera y última categoría morfológica. Estos sitios presentan zonas cívico-ceremoniales bien desarrolladas, que pueden cubrir hasta seis hectáreas, con un mínimo de tres estructuras públicas y una o dos canchas de juego de pelota. El sector principal se encuentra rodeado por varios grupos satélites que, a su vez, comportan unas estructuras ceremoniales o, más sencillamente, algunas casas. Estos cuatro sitios alcanzan superficies

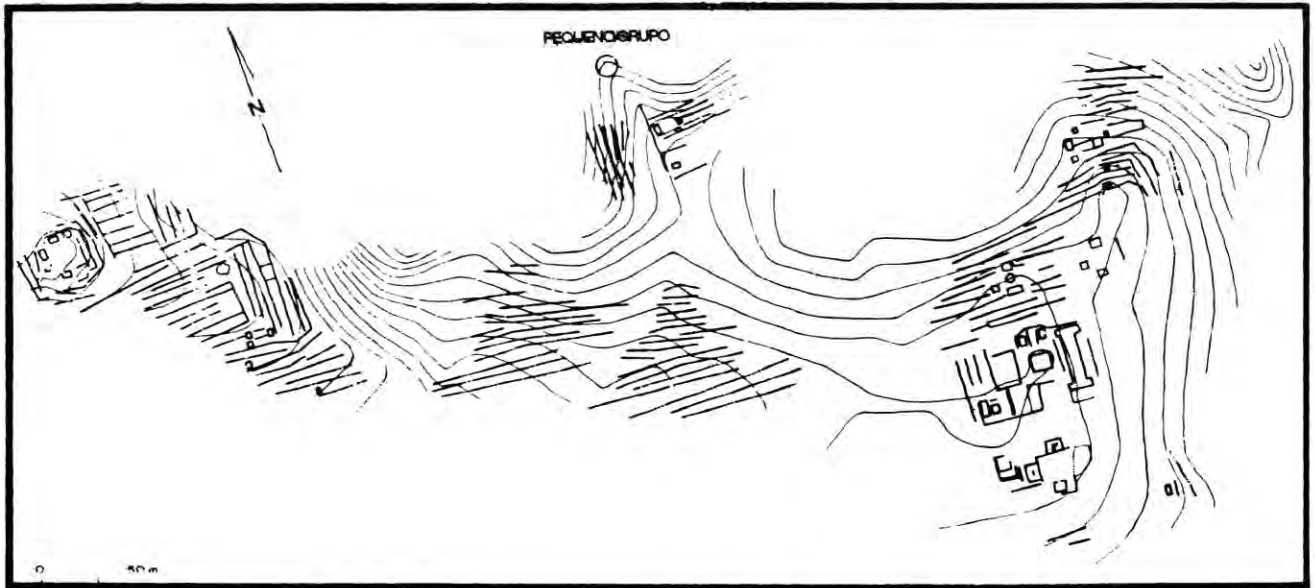


Figura 4. Sitio Mich. 385. La Lomita.

totales comprendidas entre 15 y 30 ha. Ceremoniales o no, las construcciones están siempre dispuestas alrededor de plazas, algunas de las cuales han sido excavadas en la pendiente en forma de "patios hundidos"; estas plazas pueden contener en su centro un altar cuadrado(?) (véase Figura 5). Cuando la pendiente es fuerte, una nivelación ha sido efectuada por la construcción de altas terrazas sucesivas, provistas de escaleras. Las redes de terrazas agrícolas van asociadas, más bien, con los grupos habitacionales periféricos. Estos asentamientos, que dominan la jerarquía de nuestros sitios, son: MICH 48, 50, 51 y 150.<sup>1</sup>

La construcción de terrazas para el cultivo no es, por supuesto, una técnica agrícola específica de los pueblos prehispánicos; por tanto, la determinación de la extensión de las redes de terrazas anteriores a la Colonia ha sido estudiada con una atención muy particular. En primer lugar, se puede precisar que la mayoría de los sitios clásicos se ubica fuera de los sectores actualmente cultivados, encontrándose más bien en zonas de pastizal. En realidad, desde los principios de la época colonial nuestra subregión ha sido dedicada tradicionalmente a la crianza de ganado. Desde hace algunos decenios se percibe una aceleración de la tendencia a la reducción de los cultivos en *écuaros*,<sup>2</sup> y por lo tanto a una extensión de

<sup>1</sup> El "centro" MICH. 103, El Palacio de San Antonio Carupo, parece también haber sido ocupado durante el Clásico; no obstante, los marcadores cerámicos clásicos quedan fuertemente minoritarios y la ocupación principal del lugar se sitúa en el Posclásico Temprano.

<sup>2</sup> La palabra "écuar" viene del purhepecha *ekuarhu*: "patio" o "solar" pegado a la casa. En la región de la meseta tarasca se trata de pequeños lotes de tierra localizados a proximidad inmediata de las viviendas y utilizados como huerto familiar. Por extensión, se llaman

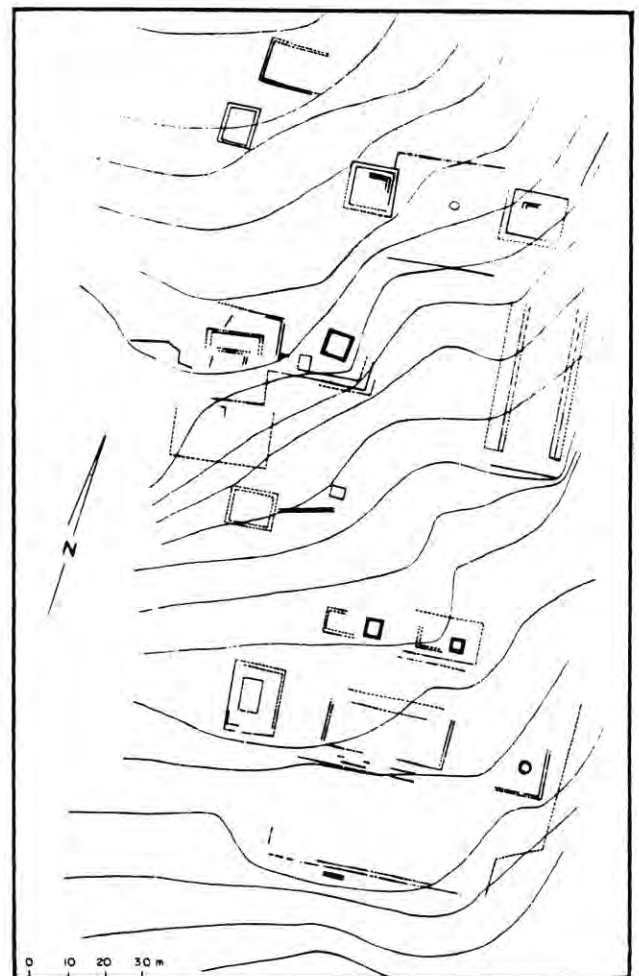


Figura 5. Sitio Mich. 51. Yácatas del Metate.

los barbechos; pero, de todos modos, muchos sectores de nuestra zona habían sido poco transformados en los tiempos coloniales y modernos y buena parte de las terrazas hoy visibles tienen un origen prehispánico. Las redes de terrazas antiguas se extienden sobre varias pendientes, encontrándose el sitio mismo que va con ellas sobre la cima o en la pendiente; algunas se localizan alrededor de los grupos habitacionales o sobre los lomeríos vecinos, asociados o no con grupos satélites. Sobre las terrazas próximas de las viviendas aparecen siempre muchos tiestos. Pero el material arqueológico es más escaso fuera de las zonas habitacionales; cuando existe, se compone exclusivamente de piezas líticas talladas y de tiestos prehispánicos. Pequeños grupos de casas y redes de terrazas parecen, en este contexto, formar un conjunto típico del paisaje precortesiano en relación con una economía esencialmente agrícola.

Fuera de los sitios con arquitectura, tres abrigos rocosos presentaban material perteneciente a la época clásica (MICH. 143, 149 y 360); quizás sirvieron de refugio temporal durante las expediciones de caza en las barrancas, ricas en animales y en agua.

### Patrón de asentamiento y sociedad

Tanto la repartición de los sitios dentro de la subregión como la organización interna de los asentamientos, han conocido una evolución a lo largo del Clásico. Este periodo de solamente tres siglos parece rico en novedades y cambios, desde la conquista de tierras vírgenes hasta la aparición de tensiones que anuncian los trastornos del Posclásico.

### La conquista de un terruño: fase Lupe, 600-850 d.C.

Si los primeros signos de ocupación coinciden con el inicio de la fase Lupe, el poblamiento de nuestra zona parece haber sido en realidad bastante progresivo. Efectivamente, los sitios clasificados dentro de la fase Lupe han sido, casi todos, ocupados solamente durante la segunda parte de esta fase cronológica (a partir de 700-750 d.C.). La continuidad que se manifiesta en el material cerámico con los sitios de la

ciénaga de Zacapu, parece indicar que los habitantes de la vertiente del Lerma son, por lo menos en mayoría, originarios de las depresiones lacustres del norte de Michoacán (¿y del sur de Guanajuato?), pobladas desde el Preclásico Reciente.

Al finalizar la fase Lupe, hay 23 sitios ocupados. Ubicados sobre laderas o, más raramente, en algunas cumbres, pero siempre cercanos a planicies cultivables. Se reparten en cuatro sectores principales: 1) al sur de nuestra zona, en el sector que va de San Antonio Carupo a Aguanuato-Panindícuaro; 2) alrededor del pueblo moderno de San Miguel Epejan; 3) a proximidad del valle de Los Fresnos-El Guayabo al oeste, y 4) al norte, en el margen del valle del río Lerma (véase Figura 6). Dentro de cada grupo existe una cierta jerarquía entre los asentamientos, pero es más pronunciada en el grupo sur. Este grupo combina, en efecto, dos centros importantes (MICH. 50 y 51), un pueblo, con una parte cívico-ceremonial más pequeña (MICH. 136), y tres aldeas (MICH. 135, 138 y 368) que contribuyen a vincular los otros sitios mediante sus redes de terrazas. El grupo vecino de San Miguel Epejan tiene dos pueblos (MICH. 111 y 113) y dos aldeas (MICH. 109 y 401). El grupo oeste comprende tres pueblos (MICH. 145 y 146). Finalmente, el grupo norte está compuesto por una serie de pequeños sitios mal conservados, aldeas probables (MICH. 388, 398, 402 y 403). Fuera de estos grupos, se conocen dos sitios aparentemente más aislados (MICH. 115 y 141).

La disposición de los asentamientos parece demostrar que la población estaba compuesta esencialmente por agricultores que vivían en aldeas bastante dispersas, con un acceso fácil a las tierras de buena calidad, o en pueblos dependientes de centros ceremoniales. Una pequeña "élite" político-religiosa debía dominar la jerarquía social y vivir dentro de los "recintos" ceremoniales. Las bases piramidales que se abren sobre plazas que tienen un altar central corresponden a prácticas religiosas públicas, probablemente similares a las que se daban en otras partes rurales de Mesoamérica en ese periodo.<sup>3</sup> A pesar de la existencia de dos centros y de un habitat más denso en el sector sur, la presencia de otros pequeños grupos ceremoniales y de estructuras religiosas dentro de los sitios residenciales indica, al parecer, un sistema político-religioso poco centralizado. Este fraccionamiento del poder no traduce, sin embargo, una heterogeneidad cultural, al contrario, tanto los patrones de asentamiento como el material arqueológico son muy uniformes de un grupo al otro.

A partir de 850 de nuestra era comienzan a manifestarse cambios que van aumentando con el tiempo;

"écuaros" las parcelas de tierra ubicadas en los sectores de fuertes pendientes, llenos de numerosos bloques volcánicos, donde la tierra se cultiva con un azadón como en las huertas. Para salvar algo de espacio, los campesinos arrancan los bloques de piedra y los amontonan en los límites de la parcela. Los espacios así obtenidos no sobrepasan, en algunos casos, los dos o tres metros de ancho; este tipo de acomodamiento, ampliamente estudiado por el geógrafo Gougeon (1991) en este mismo sector del centro-norte de Michoacán, se dio también durante la época prehispánica.

<sup>3</sup> Puede ser que los habitantes también hayan practicado ritos más individuales como parece indicarlo la abundancia de los petroglifos, quizás ligados a cultos de fertilidad. El corpus de arte rupestre de nuestra subregión se publicará en la serie Cuadernos de Estudios Michoacanos, editada por el CEMCA.

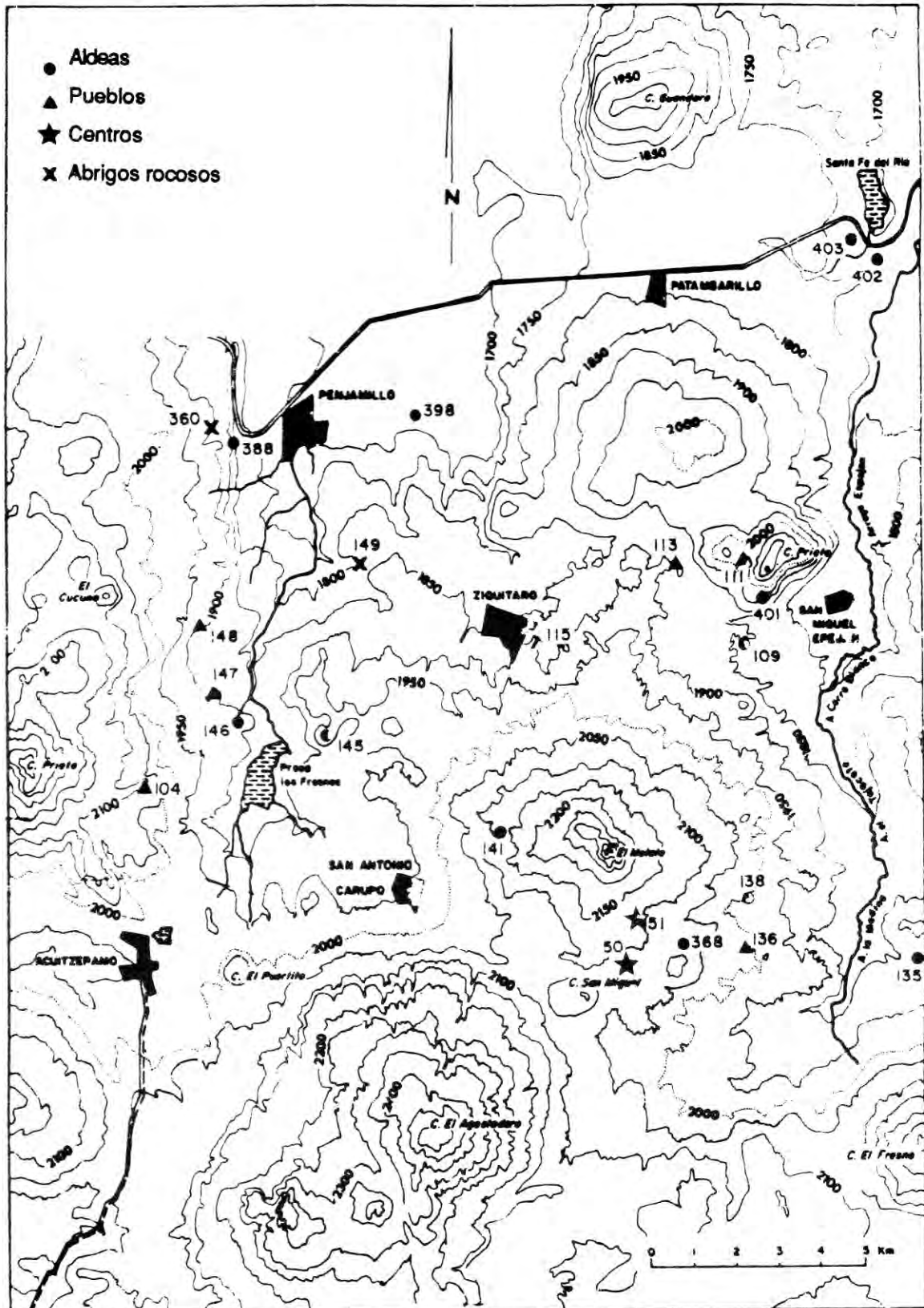


Figura 6. Fase Lupe.

aparecen primeramente por una redistribución y una concentración creciente de la población en sitios más protegidos.

### Los cambios de la fase intermedia La Joya (850-900 d.C.)

La red de asentamientos de la fase Lupe parece transformarse bastante bruscamente: en más o menos cincuenta años, la distribución de los sitios se modifica de manera sustancial (véase Figura 7). De los cuatro grupos de habitación queda solamente uno, el del norte, el cual cambia bastante: tres aldeas siguen ocupadas (MICH. 388, 398 y 402), pero el sitio MICH. 150, localizado en la depresión del río Lerma, constituye uno de los sitios de mayor monumentalidad de toda la subregión. Del grupo sur anterior, no subsiste nada. En el grupo de San Miguel Epejan se reconoce el sitio MICH. 111, cerca del cual existe ahora una nueva aldea, MICH. 112; finalmente, en el grupo oeste no queda más que el sitio MICH. 146. En contraste con estos abandonos, varios sitios nuevos se distribuyen ahora en espacios aparentemente no ocupados en la fase precedente, en particular al sureste, entre los pueblos modernos de Bellavista y San Miguel Epejan (MICH. 106, 107, 108, 137 y 385) y en la proximidad de la depresión de Ziquitaro (MICH. 115 y 363). Los sitios MICH. 48, 139 y 142, que son también nuevas áreas de poblamiento, parecen más aislados.

Globalmente, el número de aldeas baja (siete contra 12) y la población se concentra en sitios más grandes. La nueva distribución de los sitios se acompaña así de una agrupación de la población en pueblos o en centros, los cuales se localizan ahora en sectores más defensivos (MICH. 48, 139). Las nuevas características que se manifiestan en la arquitectura (la construcción de estructuras monumentales, como la gran plataforma del sitio MICH. 150 o la terraza con varias gradas de MICH. 48), podría ilustrar una centralización más efectiva del poder (y de la mano de obra), tal vez para enfrentar un peligro potencial (tensiones internas o amenaza externa). Por otra parte, no se notan muchos cambios en el aspecto de los sitios más rurales; en este sentido, la fase La Joya tiene una continuidad con la fase Lupe.

Así pues, la transición del Clásico Final al Posclásico estaría marcada, en nuestra zona, por un aparente "endurecimiento" de la situación interna: a pesar de la continuidad cultural que se manifiesta, en particular en la cerámica y en los asentamientos agrícolas, los cambios visibles conciernen sobre todo la redistribución y concentración de los habitantes, a veces en sitios defensivos.

Podría encontrarse la causa de este fenómeno en la pérdida de productividad de las tierras y en la necesidad de cultivar otras. En este caso, la perma-

nencia de las aldeas localizadas dentro de la depresión del valle del río Lerma se debería a la mejor calidad de los sedimentos. También vale la pena interesarse en la hipótesis de variaciones climáticas para explicar estas mutaciones. Se ha pensado, por mucho tiempo, que entre 500 y 1200 de nuestra era el clima de toda la porción centro-norte de México habría sido bastante favorable para el desarrollo de la agricultura, gracias a una tasa pluviométrica relativamente elevada, aunque posiblemente irregular. En el caso específico de nuestra zona, esta tendencia parece estar confirmada solamente en parte, por lo menos si uno se refiere a los resultados de un perfil polínico proveniente del sureste de Guanajuato (Brown, 1982). Este perfil muestra que durante el Clásico (Medio y Final) habría tenido lugar una expansión importante del bosque de pino, seguida, en el Epiclásico y en el Posclásico Temprano, por un movimiento inverso. El hecho de que las densidades de *Pinus* pueden variar mucho como consecuencia de la intervención del hombre nos lleva a considerar todavía con prudencia la eventualidad de una evolución climática.

Finalmente, no debemos olvidar que nos encontramos cronológicamente en los albores de un periodo marcado, en el centro-norte de México, por varios movimientos migratorios que influirán bastante en las grandes transformaciones políticas del Posclásico. No se puede descartar por completo la idea según la cual estos cambios serían los primeros indicios de una influencia procedente del norte y que se materializará de manera más clara en el Posclásico Temprano, en particular con la aparición de nuevas formas arquitectónicas (Faugère-Kalfon, 1991).

### Las actividades económicas

La actividad económica dominante es, sin lugar a dudas, la agricultura. Según los datos recogidos, las artesanías parecen haber sido limitadas al trabajo de la piedra, a la fabricación de objetos en cerámica y de telas; los intercambios fueron seguramente poco abundantes.

### La agricultura

Los vestigios arqueológicos indican la existencia de la agricultura en las laderas, arregladas mediante sistemas de terrazas. A partir de la mitad de la fase Lupe, los sitios están rodeados por extensas redes de terrazas. Pero el auge de este tipo de cultura se da en el intervalo La Joya; en aquel entonces, las terrazas ocupan pendientes fuertes y, a veces, apenas llegan a tener dos o tres metros de ancho.

En el transcurso de los trabajos de campo no hemos encontrado indicios directos de una explotación de las depresiones, las cuales, sin embargo, presen-

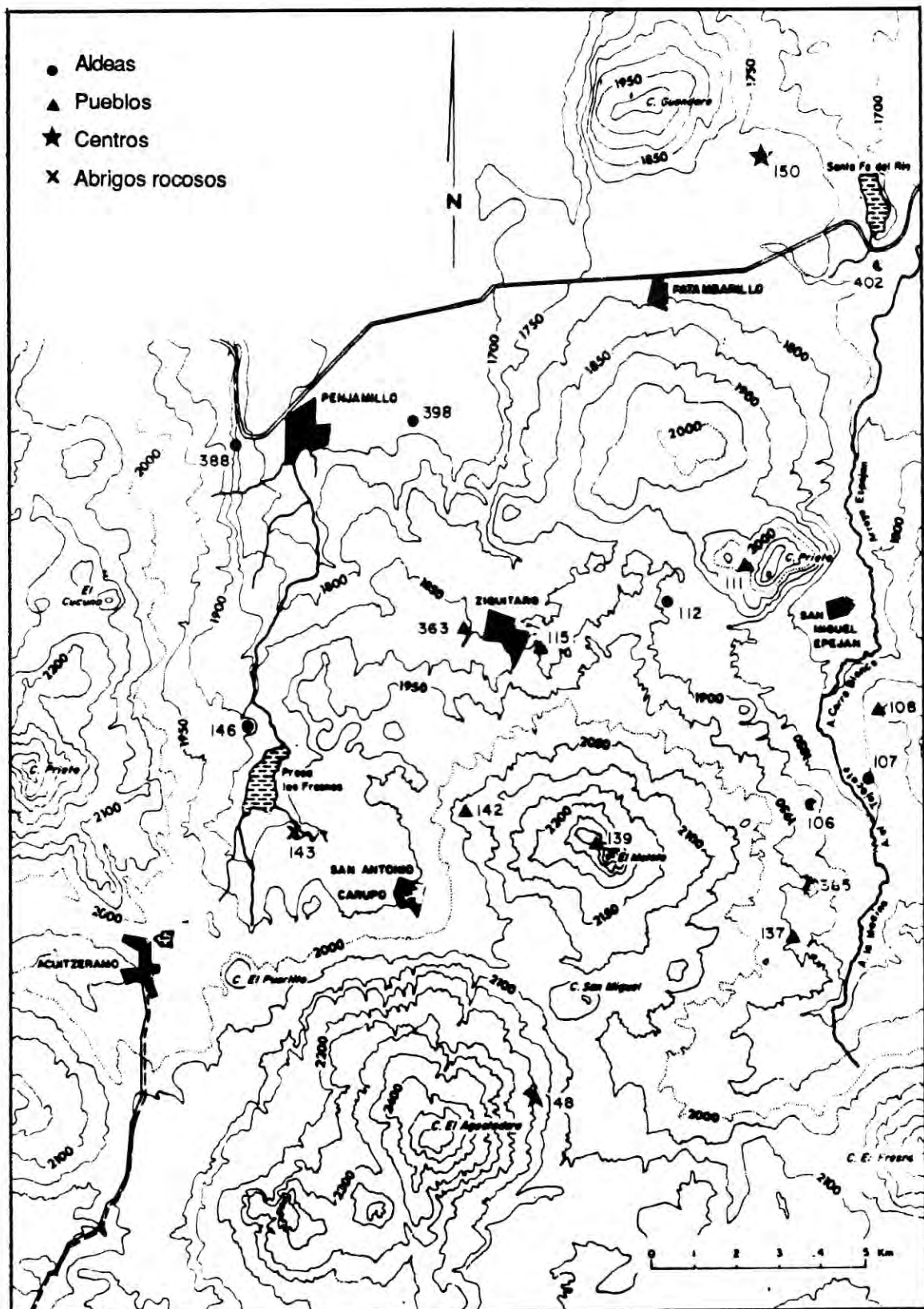


Figura 7. Fase La Joya.



tan tierras de buena calidad. A pesar de eso, dos argumentos nos permiten creer que estas partes bajas fueron cultivadas, por lo menos en ciertas épocas. Si los sitios se encuentran por lo general fuera de estas zonas, se localizan casi siempre a poca distancia; esto podría indicar la voluntad de conservar las tierras más ricas libres de toda forma de habitación. Por otra parte, la explotación agrícola de las depresiones existe más al norte, en el estado de Guanajuato, desde el Clásico Tardío. Las técnicas utilizadas para la agricultura en las cuencas de Guanajuato incluyen la construcción de diques y de canales de irrigación (Castañeda *et al.*, 1988).

A partir de la fase Lupe, la agricultura debía practicarse de hecho tanto en los valles como sobre las pendientes, donde estaban quizás privilegiadas, como hoy en día cerca de las casas, cultivos de huerta. Con la subfase La Joya, los cambios que hemos notado en la distribución de los asentamientos van acompañados por una extensión de las vertientes cultivadas, donde las terrazas se multiplican; es posible que esta intensificación se diera igualmente en las depresiones, siempre y cuando estuvieran en partes consideradas seguras.

El sitio MICH. 385, fechado del intervalo La Joya, ilustra particularmente bien este esfuerzo, realizado por una comunidad, para controlar y explotar un territorio a pesar de la topografía misma del sitio (véase Figura 4). Un conjunto de aproximadamente 160 terrazas agrícolas, cubriendo un total de seis hectáreas, ha sido arreglado alrededor de un pueblo de unas cuarenta casas, abrigando tal vez unas 200 personas.<sup>4</sup> Este sitio incluye un pequeño centro ceremonial compuesto esencialmente una base piramidal de planta cuadrada, por una cancha de juego de pelota en forma de I orientada norte-sur, y por algunos pequeños edificios periféricos. La "élite político-religiosa" debía entonces ser muy reducida y la población en general poco numerosa, formada por agricultores que vivían en pequeños grupos de habitaciones dispersos sobre toda la superficie del sitio. Los análisis<sup>5</sup> de las muestras de tierra sacadas de las terrazas han demostrado que los terrenos pueden dar buenos rendimientos agrícolas si se respetan regularmente tiempos de barbecho; confirmaron también que las terrazas no han sido cultivadas en periodos recientes. Hoy en día los rendimientos obtenidos en esta región de Michoacán pueden ser buenos,<sup>6</sup> pero están some-

tidos a fuertes variaciones anuales. No es fácil proponer una media aproximada de los rendimientos para la época clásica partiendo de los datos modernos. Un estudio efectuado al sur de la vertiente del Lerma, en los alrededores del lago de Pátzcuaro, estima que, justo antes de la Conquista, la productividad de las tierras cultivadas sin riego no debía sobrepasar una tonelada de maíz por hectárea cada dos años,<sup>7</sup> y con un clima ligeramente más húmedo que el actual. Basándose en las mismas cifras, uno puede suponer que las seis hectáreas de terrazas próximas al sitio MICH. 385 podían dar, en las mejores condiciones, es decir sin tiempo de barbecho y con una pluviometría favorable, alrededor de 6 000 kg de maíz o entre 600 y 3 000 kg de frijoles cada cosecha. Está claro que 200 personas no podían nutrirse con tales cantidades de maíz (se calcula que son necesarios en promedio 700 gr de maíz por persona y por día, los cuales proporcionan 2 400 calorías (estimación de Pollard y Gorenstein, 1980). Era entonces necesario cultivar zonas más alejadas del sitio, en las depresiones o sobre otras laderas; concurrían también en la dieta los productos de la caza, la pesca y de la cosecha de plantas silvestres. Por otra parte, no hay que olvidar que las pendientes terracedas próximas a las habitaciones estaban tal vez dedicadas a cultivos más diversificados que los terrenos más alejados. Punto que podrá quizá precisarse con análisis de macrorrestos, todavía en curso. Pero, cualquiera que fuese el uso de los espacios cercanos a las residencias, la subsistencia de los habitantes dependía de toda una gama de productos cultivados y silvestres.

## La caza y la pesca

La caza, y en una menor medida la pesca, tenían seguramente cierta importancia en la alimentación. Aunque sean poco numerosas en los sitios con arquitectura, las puntas de proyectil, generalmente espigadas, están presentes en muchos de los asentamientos. Sus tamaños indican que estaban destinadas a la caza de animales pequeños o medianos. La caza debía practicarse sobre todo en las barrancas, ricas en agua y fauna, como lo sugiere una pequeña área de talla de artefactos bifaciales en el sitio MICH. 149 y la relativa abundancia de material óseo animal localizado en los abrigos: fragmentos de aves, de roedores, de carnívoro-

<sup>4</sup> Si es que confiamos en el coeficiente de cinco personas por casa.

<sup>5</sup> Estos análisis fueron realizados por M. Gutiérrez del Instituto de Geografía de la UNAM; véase Gutiérrez (1987).

<sup>6</sup> O. Gougeon ha estudiado los rendimientos de los diferentes tipos de suelos en el ejido de Ziquitaro. Varían mucho de un año al otro, sobre todo según la tasa pluviométrica. Durante los últimos años, las milpas de los sectores bajos dieron entre 14 y 18 quintales de maíz por hectárea y los écuaros de pendiente entre 12 y 28

quintales. Los écuaros dan generalmente excelentes rendimientos de frijol: entre cinco y 12 quintales por hectárea, mientras que en las milpas se cosecha apenas un quintal por hectárea.

<sup>7</sup> H. P. Pollard y S. Gorenstein (1980) se interesan exclusivamente en la producción de maíz; diferencian las tierras de riego permanente/temporal, las cuales producen entre 2 000 y 2 200 kg por hectárea sin periodo de barbecho, y las tierras de los bajíos con agricultura de temporal, las cuales podrían dar 1 000 kg por hectárea con un año de barbecho después de un año de cultivo.

ros y de venado<sup>8</sup> proceden en particular de un amplio abrigo que ha sido ocupado o visitado, entre otros periodos, durante el Clásico Tardío (MICH. 360). El único hueso de animal identificado que fue recogido en un sitio con arquitectura y en una capa arqueológica fechada del Clásico (MICH. 138, capa 1) fue un fragmento de *Canidae*; desafortunadamente era demasiado pequeño para precisar si se trataba de la especie doméstica.

De la pesca subsisten pocos indicios. Sin embargo, en la excavación del abrigo MICH. 360 aparecieron varios fragmentos de plastrón de tortugas acuáticas o semiterrestres.

## Las artesanías y los intercambios

Según nuestras informaciones, las actividades artesanales parecen haberse limitado a la fabricación de artefactos de piedra, de cerámica y al tejido.

La elaboración de artefactos de piedra constituye probablemente la actividad más visible y, en primer lugar, la talla de la obsidiana. La pequeña área de talla del sitio MICH. 149 parece haber estado especializada en la fabricación de piezas bifaciales y muestra que los artesanos poseían un buen control de las técnicas de talla por presión. En cambio, en los sitios del grupo sur (MICH. 50, 51, 135, 136 y 368), hemos recolectado algunos núcleos alargados con técnica bipolar que podrían corresponder a la talla de artefactos alargados o laminares. En el primer caso, como en el segundo, la obsidiana utilizada parece ser local y provendría de los yacimientos vecinos del cerro de Zináparo.<sup>9</sup>

La cerámica clásica localizada en la subregión de la vertiente del Lerma, de calidad media y poco decorada, parece ser esencialmente de fabricación local, aun si numerosos tipos son idénticos a los que existen más al sur. Si nuestros tipos tienen una distribución amplia, se pueden, sin embargo, distinguir algunas particularidades propias a la subregión.<sup>10</sup> La fabricación de artefactos cerámicos es también confirmada por la presencia de pulidores.

Finalmente, del arte del tejido existen también algunos índices; se trataría de una actividad básicamente femenina como lo sugiere la asociación, en una sepul-

tura saqueada, de dos manos y metates, de un collar de conchas marinas y de dos malacates decorados con el motivo de la greca rectangular, muy característico de la fase Lupe.

Los intercambios conciernen aparentemente a un número de artefactos relativamente reducido, entre los cuales podemos citar algunos tipos de piedra y de cerámica, así como conchas marinas. Aunque poco abundantes, algunas piezas líticas han sido talladas en una obsidiana verde, de origen extrarregional (¿Cerro de las Navajas?). Según los desechos de talla, es probable que esta obsidiana llegara a nuestra zona bajo la forma de artefactos semiacabados o, más raramente, de pequeños nódulos. La existencia de relaciones extrarregionales se percibe también en la popularidad de ciertos modos decorativos en la cerámica, los cuales aparecen en las regiones vecinas. Las escasas cerámicas pintadas podrían ser productos importados. Por su parte, las conchas marinas proceden en su mayoría del Océano Pacífico.

La escasa cantidad de piezas importadas localizada en nuestra región no permite verdaderamente confirmar la existencia de una corriente comercial este-oeste pasando por la depresión del Lerma;<sup>11</sup> sin embargo, algunos de los escasos bienes exóticos localizados parecen llegar del Altiplano Central o del Occidente de México. Pero, en definitiva, la mayor parte de las relaciones de intercambio se hacía a una escala más estrictamente regional, desde los alrededores del lago de Zacapu hasta el centro-sur de Guanajuato y quizás el sureste de Jalisco.

Al finalizar esta breve reseña descriptiva de los nuevos datos conseguidos sobre el Clásico en una porción del borde norte de Michoacán, resumiremos los principales puntos establecidos y formularemos algunas de las preguntas que todavía no han recibido respuestas.

El Clásico Tardío constituye el primer periodo donde se observa una ocupación humana sustancial. Representa un tiempo de "conquista" progresiva del espacio, movimiento que fue acelerándose con el tiempo. Después de un inicio tímido en más o menos 600 d.C., la colonización va a acentuarse alrededor de 700-750; a partir de esta fecha, la población se extenderá sobre todo el territorio estudiado. La arquitectura monumental se basa, en este momento, en el complejo ceremonial: plaza (patio hundido)-base piramidal-plataforma, todo con una orientación cardinal, que constituye indudablemente un rasgo mesoamericano (Jiménez, 1989, p. 21).

La población que va colonizando esta fracción de territorio relativamente árido sería, por lo menos en su

<sup>8</sup> Los análisis del material óseo de la fauna han sido realizados por A. Blanco, del Departamento de Salvamento Arqueológico del INAH, 1987.

<sup>9</sup> El Cerro Zináparo tiene, en efecto, varios yacimientos de obsidiana de calidad y aspecto variables. Unas fechas C14 asociadas con los talleres permiten pensar que una mayoría de los yacimientos fue explotada durante el Clásico Tardío y el Epiclásico (véase Darras y Rodríguez, 1988).

<sup>10</sup> D. Michelet distingue en particular en el tipo Palacio Pulido una variedad Lerma y, dentro del grupo de los monocromos rojos finos, dos tipos presentes sobre todo en nuestra región: Carupo Rojo y Carupo Rojo con Negativo Negro (véase Michelet, 1990, y en preparación).

<sup>11</sup> J. C. Kelley ha postulado que durante la fase Vesuvio en el sector Chalchihuites (y Xolalpan Tardío/Metepec en Teotihuacan), una verdadera red comercial ligaba el centro de México con las regiones septentrionales; un segmento de esta ruta hubiera seguido el valle del Lerma asegurando la circulación este-oeste de las mercancías.

mayoría, originaria de las cuencas lacustres vecinas (probablemente, sobre todo, de la cuenca de Zacapu); en un primer tiempo, se establece a proximidad inmediata de las pequeñas depresiones incluidas en la vertiente y que comunican entre sí. La organización sociopolítica, en la fase Lupe (600-850 d.C.), aparece totalmente descentralizada: la jerarquía social hubiera sido dominada por una élite muy reducida, estando la sociedad formada esencialmente por familias de campesinos, tal vez con algunos artesanos y comerciantes.

El periodo de transición hacia el Posclásico (a partir de 850 d.C.) se caracteriza por cambios en la repartición de la población, que se concentra en sitios más grandes y, a veces, protegidos. Este movimiento se acentuará a partir de 900 d.C., cuando empezarán también a aparecer nuevas formas arquitectónicas de origen "extranjero"; es posible que necesidades relacionadas con el desarrollo interno de la sociedad y tensiones externas se hayan combinado para generar esta evolución al final del Clásico.

Las causas de este fenómeno quedan oscuras. ¿Se trata de una transformación provocada por una evolución climática, por la necesidad de renovar las tierras de cultivo, por un cambio político-social? ¿Bajo qué forma van a penetrar, inmediatamente después, los elementos extranjeros a los cuales nos hemos referido? Lejos de concernir solamente a la historia local, estas preguntas interesan al conjunto de las regiones centro-occidentales de México, en vísperas del Posclásico.

## Bibliografía

- Arnauld, M. C., P. Carot y M. F. Fauvet-Berthelot**  
1988 "Asentamientos lacustres en la ciénaga de Zacapu (Preclásico-Posclásico)", *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro-occidente de México, Memoria*, Centro Regional de Querétaro, Cuaderno de Trabajo 1, INAH, México, pp. 165-175.
- Blanco, A.**  
1987 "Proyecto Michoacán, CEMCA, Vertiente del Lerma, restos óseos en contexto arqueológico" (no publicado).
- Brown, R. B.**  
1982 *The Paleoecology of the Northern Frontier of Mesoamerica*, tesis de Doctorado, Departamento de Antropología, Universidad de Arizona, Tucson (no publicado).
- Caso, A.**  
1930 "Informe preliminar de las exploraciones efectuadas en Michoacán", *Anales del Museo Nacional de México*, 4a. época, 6 (2), México, pp. 446-452.
- Castañeda, C., L. M. Flores, C. A. Contreras, A. M. Crespo, T. Durán y J. C. Saint-Charles**  
1988 "Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato", *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro-occidente de México, Memoria*, Centro Regional de Querétaro, Cuaderno de Trabajo 1, INAH, México, pp. 321-355.
- Darras, V. y F. Rodríguez**  
1988 "Identificación y explotación de materiales líticos regionales en el sector de Zináparo", *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro-occidente de México, Memoria*, Centro Regional de Querétaro, Cuaderno de Trabajo 1, INAH, México, pp. 139-145.
- Faugère-Kalfon, B.**  
1990 *Entre nomades et sédentaires: archéologie du versant méridional du Lerma au Michoacán, Mexique*, tesis de doctorado, Universidad de París 1 (no publicado).  
1991 "San Antonio Carupo (centro-norte de Michoacán, México): nuevas evidencias de ciertas transformaciones en el inicio del Posclásico", *Journal de la Société des Américanistes*, t. 77, París, pp. 45-61.
- Gougeon, O.**  
1987 "Recherche sur l'évolution de la mise à contribution par l'homme de deux paysages agraires du nord du Michoacan depuis 1900" (no publicado).
- Gutiérrez, M.**  
1987 "Análisis físico-químico de las muestras de tierra procedentes del sector de la vertiente del Lerma, Proyecto Michoacán" (no publicado).
- Kelley, J. C.**  
1980 "Alta Vista, Chalchihuites: Port of Entry, on the Northwestern Frontier", *Rutas de intercambio en Mesoamérica y norte de México*, vol. 1, XVIa. Mesa Redonda Sociedad Mexicana de Antropología, Saltillo, Coahuila, pp. 53-64.
- Jiménez Betts, P.**  
1989 "Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas", *Arqueología*, 5, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México, pp. 7-50.
- Michelet, D.**  
1990 "El centro-norte de Michoacán en el Clásico: algunas reflexiones", *La Época Clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, A. Cardós de Méndez (coord.), Museo Nacional de Antropología, INAH, México, pp. 279-291.  
en preparación  
*Elementos para una secuencia cerámica del centro-norte de Michoacán*, Cuadernos de Estudios Michoacanos, CEMCA, México.
- Michelet, D., M. C. Arnauld y M. F. Fauvet-Berthelot**  
1989 "El Proyecto del CEMCA en Michoacán, Etapa I: un balance", *Trace* 16, CEMCA, México, pp. 70-87.

**Moguel, M. A. y S. Sánchez**

- 1988 "Guanajuato y noreste de Michoacán: algunas apreciaciones cerámicas", *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro-occidente de México, Memoria*, Centro Regional de Querétaro, Cuaderno de Trabajo 1, INAH, México, pp. 223-236.

**Noguera, E.**

- 1931 "Excavaciones en Tzintzuntzan", *Anales del Museo Nacional de México*, 4a. época, 7, pp. 98-104.

**Piña Chan y K. Oi**

- 1982 *Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán*, INAH, México.

**Pollard, H. P.**

- 1972 *Prehispanic Urbanism at Tzintzuntzan, Michoacan*, tesis de doctorado, Columbia University, University microfilm, Ann Arbor.  
1977 "An analysis of Urban Zoning and Planning at Prehistoric Tzintzuntzan, Mexico", *Proceedings: American Philosophical Society*, 121 (1), Philadelphia, pp. 46-69.

**Pollard, H. P. y S. Gorenstein**

- 1980 "Agrarian potential, Population and the Tarascan state", *Science*, vol. 209, pp. 274-277.

**Taladoire, E.**

- 1989 "Las canchas de juego de pelota de Michoacán", *Trace* 16, CEMCA, México, pp. 88-99.